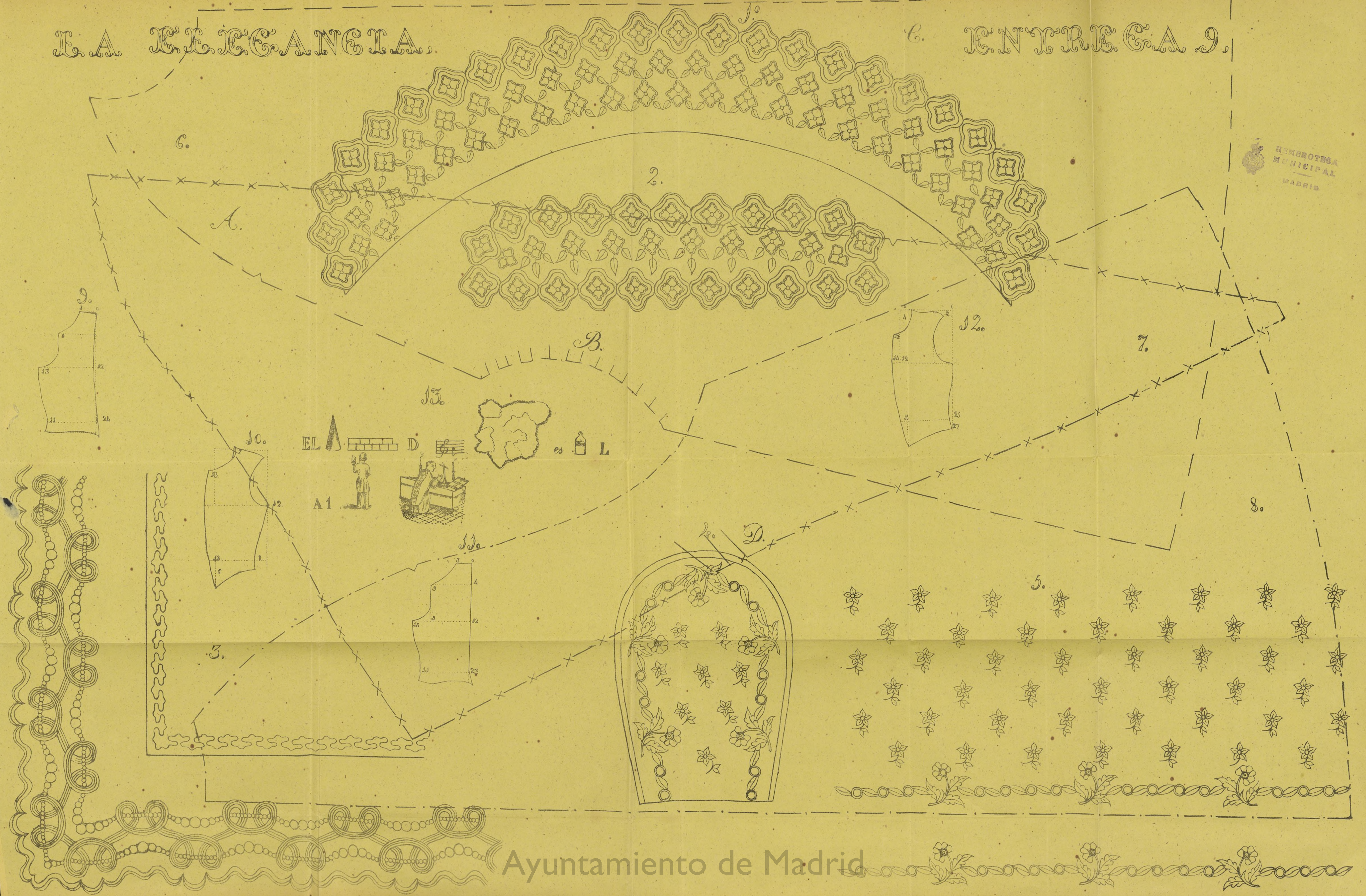


LA ELEGANCIA.

ENTRE C.A. 9.

EMBROTESA MUNICIPAL MADRID



Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid



*Se aproxima el invierno!!* esclama todo el mundo, y todo el mundo aguarda impaciente los *inviolables* caprichos que la moda y el buen gusto inventan cada año. ¡Qué de afán en las señoras! ¡Qué dudas y apuros para escoger sus adornos cuando se acerca una nueva estación! ¿Cuál será la forma de los trages de etiqueta, de los pañuelos y abrigos de invierno? ¿Qué hará furor para *negligés*? ¿Qué veremos de nuevo en los círculos del gran tono? Tales son las cuestiones que se agitan entre las hermosas y entre los elegantes, y cuya solución se pide á las primeras casas de París.

Las fábricas francesas han creado para la próxima estación preciosos artículos con dibujos grandes, á los que se les ha dado el nombre de *maravillosos*. El mundo ignora las transformaciones que la moda le ha de hacer sufrir al cabo de algunos años, tanto en la forma como en el nombre: al antiguo calificativo de *currutaco* sucedió el de *lechuguino*; despues el de *elegante*, *fashionable*, é *increible*; despues; *dandy*, *fashionable*, sin analizar otra multitud de creaciones consignadas en los archivos de la moda, y cuya graduacion marca el gusto del lujo y los progresos en el arte del tocador. Hoy toca el turno á *maravilloso*.

El *maravilloso*, en la actualidad, es un nombre dado á un tejido nuevo que lo ha merecido por la preciosa composicion de sus dibujos. Bien pronto este nombre pasará de la tela al mundo; en tanto cada uno procura poseer algo *maravilloso*.

Ciertamente que este invierno tendremos mucha variedad en las formas de las modas; mas todavía no podemos juzgar de la idea de cada una. Así que comenzaremos por noticiar el *Monte-Cristo*. Esta innovacion tendrá sus imitadores; en el gran mundo, y los jóvenes lo adoptarán desde luego como un vestido cómodo, con el cual se resguardan del frio y de la lluvia.

El *Monte-Cristo* se corta ancho; su forma es entre gaban, *paletot*, saco ó capote con mangas; se cierra con presillas: su capuchon es plegado, de manera que forma una figura mas graciosa que los que se hicieron años pasados. Por detrás y por delante es ancho, menos pesado que una capa, y mas ámplio que un paletot. Indicaremos sus diferentes confecciones. Mangas anchas y derechas, cortadas de solo una pieza, con ancho ribete y guarnicion como el gaban, tanto en los bolsi-

llos como en las mangas y capuchon; anchas vueltas recogidas con presillas sobre la orilla delantera; unos son forrados y otros no: el forro se pone al sesgo. El *Monte-Cristo* se lleva con algo ó sin nada debajo.

*Pantalon*. Muy ancho de piernas, y cubre la mitad del pié, redondeado como un botin. Las telas para pantalon, con listas y rayado de lagarto son las que están mas en voga; bien sean estas de pequeñas rayas de un mismo grueso en igual distancia y serpenteando en largas líneas, ó bien de listas lagarteadas y satinadas en número de cuatro con intervalos mezclados, fondo granito cada dos líneas. Estas listas están casi siempre atravesadas por medio del rayado, son muy espaciosas y poco patentes; piérdense en el fondo y forman grandes cuadros.

Pero las telas mas preciosas son las que se asemejan á la piel de la serpiente. Compónese esta de una lista blanca que serpentea entre dos negras ó azules, y vetado sobre un fondo gris mezclado, espacio de cuatro centímetros, sobre la cual se ve un cierto número de puntos blancos, entrelargos á manera de líneas cortadas. Los dibujos se emplean sobre fondos diferentes; pero el que parece mas ventajoso es el claro; el verde y oscuro son los colores dominantes; el corinto y el granate se emplean en el listado y rayado fino: cuando el fondo es verde botella, el rayado al sesgo es de un verde mas claro.

*Chaleco*. Es largo de talle, con pliegue al lado, formando basillo sobre la cadera; esto es, para mas adorno. Se hacen tambien chalecos con grandes vueltas cruzadas, con faldilla correspondiente, ó de una sola pieza, siendo al sesgo hasta la punta del bolsillo; se hace en seguida un pliegue á la altura de 40 centímetros sobre el lado; este marca la cadera y dibuja el bajo del pecho. Las telas para chalecos, bien sea de cachemira, terciopelo ó seda, se llevan á grandes rayas, cuadros, palmas, y generalmente grandes dibujos, pero los cuadros grandes y con largas palmas esparcidas sin orden: un cuadro rayado al sesgo es lo mas gracioso.

Hay terciopelo verde ó granate con bonitas rayas de seda amarilla de oro, formando cuadros; la misma seda se emplea para tejer las palmas en la composicion, entre la que entran otros varios colores, tales como el rojo, verde, negro y azul. La cachemira azul y verde es muy de moda.

*Paños*. Los paños han tenido una ligera transformacion, muy apreciable siempre.

Otras veces no se mezclaba el negro; este era un color libre, áspero, de mala vista y de poca duración, mientras que ahora el negro tiene un viso azulado, rojizo y de otros varios matices que le hacen más agradable á la vista y al tacto: tiene un lustre y una flexibilidad de que carecía el negro seco de otras veces.

Se han hecho para el invierno paños de fantasía; es decir, mezclas chinescas que forman un precioso efecto; este trabajo se ejecuta sobre satin de lana subido y castor para *twine* y vestidos de fantasía de invierno.

Paño fieltro impermeable, cuya fabricación se parece á un castor batánado, color carmelita, granate, verde y mezclado como el hábito de capuchino; este paño tiene buen efecto para gabanes, ropage ancho y capas. Y por último, satin de lana acolchado ó losanga, muy á propósito para vestidos de fantasía.

El *redingote-paletot* que se hace ahora está guarnecido por un ancho galon festonado; se emplea el paño de fantasía mezclado y chinesco. La espalda conserva siempre el talle largo. Lleva bolsillos sesgados sobre la cadera, también con guarnición festonada ó lisa, sin presilla. Cuello forrado de terciopelo; debajo del cuello se ponen tres corchetes para levantarlo á voluntad. Es necesario que tenga vueltas de un tamaño regular; un bolsillo para pañuelo tiene abierto en el lado izquierdo del pecho; y se forra ligeramente el interior delantero. No debe quedar muy ceñido al cuerpo, antes bien señala su anchura, tanto en la espalda y las mangas como en el talle. Se lleva sin nada debajo.

### PATRONES Y LABORES.

- Núm. 1. Cuello bordado á pasado.  
 Núm. 2. Boca-manga correspondiente.  
 Núm. 3. Lindo dibujo para cenefa de pañuelo que se borda á punto de cadeneta con algodón blanco, azul ó encarnado.  
 Núm. 4. Casquito de gorro para niño recién nacido, cuyo precioso dibujo se borda á mosquetado.  
 Núm. 5. Mitad del resto del mismo gorrito; las tres flores que resultan al margen derecho forman el centro.

#### PATRONES.

##### PARA CAPA DE SEÑORA.

- Núm. 6. Cuarto de delante. Letra A. Denota la parte que se une á los frunces de la manga. B. Aber-

tura para el brazo. C. Largura de la capa por delante: ordinariamente es de 48 á 50 pulgadas.

Núm. 7. Manga. D. Pliegues de la sangría.

Núm. 8. Espalda.

#### PARA ABALLEROS.

Núms. 9, 10, 11 y 12. De distintas formas de chalecos. Los números demuestran pulgadas de la vara de Castilla.

Núm. 13. Geroglífico.

#### Solucion del anterior.

Los refranes amenizan á veces el estilo.

## UNA CASA DE BAÑOS.

(Conclusion.)

### III.

Héme ya privado de asistir á las reuniones del banquero, héme desesperanzado de poder seguir mis comenzadas investigaciones. Y todo, por qué? Por no hacer como tantos otros, que hablan de todo sin entender de nada; un fruncimiento de cejas, una media palabra, hubieran bastado á sacarme de aquel atolladero. Oh! maldita sea mi torpeza!... Estos pensamientos eran los que me atormentaron luego que estuve en mi cuarto, sin embargo de que me proponía travar amistad con el jóven Alfredo, y por este medio estar al corriente de cuanto pasase, porque me sentía con la tenacidad de un agente de policía, que sigue el hilo de una horrible conspiración.

La una de la noche acababa de sonar en el descompuesto reloj de la iglesia, cuando sentí dos palmadas dadas con precaución.

— Está visto, exclamé matando la luz y corriendo á la ventana; ó soy el héroe de un cuento fantástico, ó en esta casa todos son enredos!

Apenas me asomé distinguí á la claridad de la luna á don Eduardo, el habitante del núm. 8., que en actitud teatral aguardaba impaciente la contestación á sus palmadas, así es que al oír otras tres que dieron arriba, puso un pie en mi ventana, y ayudándose con una cuerda desapareció á mi vista.

— Cuidado! dijo una voz.  
Era la de la muger del banquero.

Al otro dia me acerqué á este á la salida del baño, y le dije con aire de importancia:

— Señor don Pedro, esta noche han subido... los títulos.

Quedóse pálido, tembloroso, pudiendo apenas articular estas palabras.

— Cómo lo ha sabido usted? ha recibido cartas de Madrid? — Y yo que habia comprometido todo mi caudal en una jugada á la baja! Estoy arruinado?

— No se apure usted; fué cosa de pocas horas, en seguida volvieron á bajar.

— Qué dice usted?

— Sí señor, subieron y bajaron... por el balcon.

Y desaparecí antes que hubiera podido recobrase de su sorpresa.

Pronto hice conocimiento con Alfredo, que pasaba la mayor parte del dia en mi cuarto haciéndome la relacion de sus amores con Dolores. Don Eduardo seguia siendo el amigo íntimo de don Pedro; comia, paseaba y jugaba con él, y aun casi todas las noches le sentia yo subir á hacerle la *tertulia* despues de la una.

## IV.

Un mes se pasó; ya tocaba el verano su fin, y el pueblo iba quedándose cada vez mas desierto; el aire algun tanto fresco hacia que volviesen á la capital los que la habian abandonado durante la estacion calurosa.

Una mañana habia ido á pasearme á orillas del rio, para despedirme de aquellos lugares que habia resuelto abandonar al otro dia; maquinalmente volvi la cabeza y vi á Alfredo que sin sombrero y descompuesto el cabello, se adelantaba hácia el sitio en que yo estaba, y que dejé, movido por la maldita curiosidad, para ocultarme detrás de una roca. Llegó, contempló la corriente, puso una carta sobre una piedra, y en el momento en que lanzando una lánguida mirada al sol que asomaba por el oriente, se disponia á arrojarse al agua, solté una descompasada carcajada y salí de mi escondite.

— Ibas á suicidarte, amigo mio?

— Sí, me contestó en tono sentimental; mi corazon ha recibido una herida que solo la muerte puede cicatrizar; si bien me consideraba demasiado jóven para esposo, lo esperaba todo del tiempo y Dolores era el ángel de mi esperanza. Ah! Es tan triste ver desapare-

cer las ilusiones del primer amor! Anoche me retiraba á mi habitacion cuando al pasar por la de doña Juana creí percibir gemidos y gritos ahogados; un impulso irresistible me llevó hasta la puerta, y prestando atencion escuché el diálogo siguiente: — Dolores, es inútil tu llanto; sabes la desgraciada situacion en que nos hallamos, sabes las deudas que he contraido al juego con el marqués de... y rehusas casarte con Alfredo que te ama, y de cuyo caudal sacaremos partido! — Jamás, madre, jamás; quiero vivir en la miseria, arrastrar una existencia de privaciones, antes que unirme á un hombre que no amo... — No pude oír mas y me alejé de aquel sitio, loco, exasperado, hasta que despues de pasar una noche de fatal insomnio he tomado la resolucion de dejar un mundo que me atormenta...

— Seguramente, Alfredo, que estás poseido de un vértigo infernal. Suicidarse á los veinte años! Vaya, desecha esa idea que habrás aprendido de las novelas de D'Arlinecourt ó Sand; mañana partiremos para Madrid, y ya verás como las diversiones de la corte te hacen encantadora esa vida que ahora desprecias.

Alfredo se dejó persuadir, y asidos del brazo tomamos el camino del pueblo, llamando nuestra atencion al llegar á él, la gran afluencia de gentes que habia al rededor de la casa de baños: á duras penas pudimos llegar hasta la puerta donde encontramos al alcalde que nos impidió la entrada.

— Pero, qué ha sucedido? pregunté al alguacil.

— Un robo, contestó lacónicamente.

— Y á quién han robado?

— A don Pedro el bolsista.

Aqui llegaba de mis interrogaciones cuando se presentó el mismo don Pedro, en calzoncillos y dando lastimeros gritos.

— Señores, no es solamente el dinero y las alhajas lo que me falta, me han robado todo, hasta mi muger! Ya no hay leyes en España, señor alcalde! Y Eduardo? Que le vayan á buscar porque quiero que ese fiel amigo me consuele en la desgracia! hi! hi!

Fueron vanas cuantas diligencias se hicieron para encontrarle; solo yo estaba en camino de averiguar la verdad: con efecto, Eduardo y la muger de don Pedro habian huido llevándose cuanto hubieron á las manos.

Posteriormente he sabido que los fugitivos amantes llegaron á Francia y residen en una capital de provincia. Alfredo rie cada vez que se acuerda de su me d

tado suicidio. Doña Juana trabaja por encontrar un prógimo á quien endosar su hija, y don Pedro, ocupado en sus jugadas de bolsa, recuerda muy pocas veces la que le jugó su esposa.

CÁRLOS DE PRAYIA.

### LA CITA AL ANOCHECER.

Quando ausentes del sol las luces bellas  
Brindan dulce descanso á los mortales,  
Y solo brillan en el orbe estrellas,  
Reparadoras de enemigos males,

Yo recuerdo una noche de alegría  
Cuya tranquila paz no esó importuna  
Con su pálida luz turbar la luna,  
Noche feliz que para el alma mia  
Mas grata fué que esplendoroso dia.

Todo en calma yacia  
Del uno al otro confin,  
Solo á veces rebullia  
En la rama en que dormia  
El pintado colorin.

Y fué tan suave mi andar  
Al llegar á la enramada,  
Y cuando esperé sentada  
Que no pudo despertar:

Mas al llegar mi guerrero,  
No pudiendo contener  
Dar un grito de placer  
Volé á estrecharle en mi seno;

Y al escaso resplandor  
Que dan millares de estrellas;  
Miré sus facciones bellas  
Enagenada de amor.

Ví su apostura elevada  
Y su marcial continente,  
Su pura y serena frente  
Y su radiante mirada.

Mil veces de su pasion  
Escuché el fiel juramento,

Y otras mil y mil y ciento  
Me entregó su corazon.

Insensata á tanto esceso  
A sus brazos me lancé,  
Y ébria de amor contesté  
A un beso con otro beso....

Despues ya nada se oia  
Del uno al otro confin;  
Solo á veces rebullia  
En la rama en que dormia  
El pintado colorin.

JULIANA GARCÍA SUELTO.

### GRIZEL COCHRANE.

POR JOHN MACKAY WILSON.

(Conclusion.)

Todo se hallaba ya dispuesto para la ejecucion de sir John Cochrane, y los oficiales de justicia no aguardaban para conducirlo al cadalso sino la llegada del correo portador de la sentencia, cuando se recibió la noticia de que habia sido segunda vez asaltado. Esta circunstancia valia de nuevo á la vida del prisionero una proroga de catorce dias. Dejose este caer en los brazos de su hija á quien dijo sollozando:

— No hay duda, la mano de Dios se muestra aqui visiblemente.

— No os decia yo, repuso la doncella, que mi padre no moriria?

No se habian cumplido aun los catorce dias cuando se abrieron las puertas de la prision y el conde de Dundonald se precipitó en los brazos de su hijo. Habia renovado sus instancias cerca del confesor, y el rey se habia al fin dejado ablandar pronunciando su perdon.

El preso se hallaba ya en su hogar y en el seno de su familia; pero Grizel, que apenas se habia apartado un instante del lado de su padre durante su cautividad, Grizel no se habia presentado todavía. Bendecian llenos de reconocimiento la misteriosa Providencia que habia por dos veces detenido los despachos, cuando un extranjero pidió permiso para entrar. Era el salteador. Vestia el traje que dijimos; una capa de paño burdo

y una chupa de lana; pero su aire y sus maneras indicaban que pertenecía á otra clase.

Al entrar llevó la mano al sombrero, pero sin descubrirse.

— Cuando hayais leído esos papeles, dijo, arrojadlos al fuego.

Sir John pasó la vista por ellos y palideció: eran las dos sentencias de muerte.

— Mi salvador, exclamó, cómo podré recompensaros, á vos, á quien soy deudor de la vida? Padre mio... hijos míos... manifestadle en mi nombre, pues que á mi me es imposible, toda la estension de mi reconocimiento.

El viejo conde asió la mano del extranjero, los niños abrazaron sus rodillas... y él llevó la mano á los ojos: abundantes lágrimas surcaban sus mejillas.

— Vuestro nombre? vuestro nombre? ah! decidme quién sois?

Quitóse el desconocido su sombrero, y los largos rizos de Grizel Cochrane cayeron sobre el cuello de la capa.

— Gran Dios! gritó aquel padre feliz: es mi hija, mi Grizel; ah! ella es mi salvador! Cuán dulce va á parecerme la vida!!

No queremos añadir cosa alguna por no debilitar el interés de esta tierna escena; diremos solamente que esta Grizel Cochrane fué la abuela de sir John Stewart, casada despues con M. Coutts, célebre banquero.

A. Badia.

## EL MES DE NOVIEMBRE.

OPERA.

Im. de Horacio.

Punzante tiende el hielo

Su inmensa red en el cristal del rio;

Cubre la escarcha el suelo;

Flotando en el vacío,

Se alza el manton de las tinieblas frío.

Durmióse la belleza

Sobre los campos... ¡oh!.. no hay hermosura!

Pues ya naturaleza

Trocó su vestidura

De aroma y flor por la invernal tristura.

Humbrío el Guadarrama,

Alza arrogante su nevada cumbre;

No ya, abrasando, inflama

Su fria pesadumbre

Lejano un sol con macilenta lumbre.

Céfiro gimió blando

En torno el cáliz de la flor temprana...

Mas ¡ay! ya rebramando,

Su ráfaga tirana,

Desata el aquilon con furia insana.

En nuestro dulce asilo

¡oh ninfa! habremos celestial reposo

Y almo placer tranquilo;

Ven, ven, ángel hermoso,

Que ya empieza á humear el troneo añoso.

Rápidas van las horas

De nuestra pobre y miserable vida;

Con alas voladoras

El tiempo va de huida...

¡Ay del que llora la ilusion perdida!

Sombrío allá se ostente.

Y negro el alto pabellon del cielo,

Brame la mar rugiente,

Y sobre el yerto suelo

Vierta Noviembre su huracan y hielo.

Ven, ninfa, ven: — divino

Placer nos llama, ven ay! apurando

La ancha copa de vino;

Las manos calentando,

De la hosca leña, en el arder sonando.

LUIS RIVERA.—1846.

## LA MUJER.

### FANTASIA.

¿La veis?... Bendita por el rey de las alturas, elévase en la tierra como un *génio* divino para enjugar las lágrimas del dolor; para mecer el alma de los otros seres en un columpio de entretegidas flores, para revelar al mundo entero el tipo maravilloso de la hermosura.

Miradla... sus ojos celestes llenos de dulce magestad, cruzan en rápida mirada el solitario espacio: por sus finísimos lábios de transparente coral resbala una sonrisa, tierna cual el primer llanto de un niño, y apacible como el tranquilo sueño de la infancia. Flota su rubia cabellera sobre su alabastrina espalda, y el prendido

chal de color de azucena, se junta con aquellas ondulantes trenzas de oro, que besan suavemente las embalsamadas brisas de la tarde...

¿No la amais? ¿No sentis palpar el inflamado corazón?... Bella cual una hurí del Paraiso; gentil cual la palmera del desierto; esbelta como la rosa que á impulsos del céfiro se mece lánguidamente sobre el verde pensil; y aun mas pura que las candidas vírgenes del Olimpo.

Esa es la muger!... Ardiente como los abrasadores rayos del sol de la Libia, siente latir la sangre de sus venas como la lava de un volcan. Nacida para el amor, arrúllase á compas de sus tiernos cánticos, dulces cual el aroma de las pasionarias silvestres, y melancólicos como el eco lejano de un suspiro... Sus sueños son otras tantas ilusiones fantásticas que la nutren con el nectar de una felicidad ideal, y que remontan su fatigado pensamiento á las regiones etéreas.

¿Llora?... Las argentadas perlas que ruedan por sus párpados, surcan su pálida faz, y van á confundirse en su agitado seno... ¿Rie?... Su carminada boca plégase con deleite, y un iris de plácida ventura retrátase en su sonrosado semblante... ¿Padece?... ¡Ay! Exhala fúnebres y desgarradoras querellas, y agitando convulsivamente sus torneadas manos «*¡piedad! Dios mio!*» esclama con el apagado acento del moribundo... ¿Goza?... Cual azucena nivea destaca su espaciosa frente en un rostro fascinador y candoroso, mas hermoso y mas hechicero que el de un serafin...

¡Ah! Bendita sea la muger!... ¿Quién la mira sin conmoverse?... ¿Quién no se sujeta al mas leve de sus caprichos?... ¿Quién no se deja uncir al carro de sus triunfos?...

L. D. MONTES.

## UN RECUERDO DE AMERICA.

LA HIJA DE LOS BOSQUES.

II.

(Continuacion.)

—Vuestro aspecto os desmiente, Teresa.— En viéndoos correr sobre ese caballo casi temo por vos.

—Oh! no temais nada! un caballo que lleve crin jamas me arrojara al suelo. Mis compatriotas han naci-

do para montar. Mi padre estaba acostumbrado á correr con su alazan llevándome sentada en su delantera: no se me ha olvidado.

Y despues de una pausa, añadió con acento triste, y deteniendo un poco la marcha de su cabalgadura.

—Apenas conservo una idea confusa de la manera y época en que me alejaron de mi pueblo. Sin embargo, acuérdome que dormia al lado de mi madre mientras las estrellas esparcian su dulce claridad. Y que luego desperté al ruido de un trueno y hallemme en medio del fuego, del humo, de los relámpagos y de las caballerias. Entonces mi madre se lanzó sobre su cabalgadura, suspendiome de su silla en un saco de pellejo y me dormí al trote del caballo... Cuando abrí los ojos víme acostada sobre la verde alfombra de un bosque, y al través de su techumbre de ramas que caian sobre mi cabeza, divisaba el sol naciente y un inmenso cielo azul. Pero en vano busqué y llamé á mi madre... á mis gritos solo acudió un criado de don Garcías, que me cogió en sus brazos y me llevó á la mision. Sin duda mi madre me habia perdido en su fuga; porque al rededor del bosque donde me hallaba no habia mas que un inmenso prado de yerba larga, y veía el peligro sin el socorro de Dios!

—Pobre niña! desgraciada huérfana! exclamé.

—Yo no soy pobre! ni tampoco desgraciada!... No he encontrado en don Garcías un excelente padre; y no está en nuestra iglesia la imágen de la madre celestial? La invoco, la hablo, y ella me habla tambien en mis ensueños. Y esta Santa Madre, tan buena y tan graciosa ha abierto las luces á la ignorante Myhagnah; la ha dado el poder de comprender su dicha... Oh! yo no soy pobre! Pero mi madre... ay! habra perecido en el bosque; porque ella no tenia mas que á su hija!

Al pronunciar estas palabras los ojos de la piadosa jóven se cubrieron de lágrimas; pero el tañido de una campana, que resonó á corta distancia, la sacó de su enternecimiento.

—Nos acercamos, exclamó, apretando los hijares de su brioso caballo.

En efecto, pocos minutos despues llegamos á la mision. Afortunadamente la tormenta aun no habia estallado. Al ruido de nuestra llegada un eclesiástico de aspecto venerable salió de lo interior de la mision gritando.

—Teresa! Niña imprudente! Eres tú?

—Sí, padre mio! respondió la jóven india; es Teresa y tambien un huésped, un amigo.

Don Garcías se adelantó con júbilo, y Teresa y yo saltamos de nuestras cabalgaduras para ir á su encuentro. Mientras abrazaba á mi respetable amigo, Teresa cogió las bridas de su caballo y del mio, y dándole un golpecito con su varilla:

—Corred! salvages *negros*, dijo, puesto que habeis cumplido con vuestra obligacion: volveos ya á los pastos, y que Dios os libre del rayo.

En este momento vimos llegar una cuadrilla de indios que venían de cazar; apeáronse con presteza de sus caballos; los descargaron de multitud de pieles que traían, y alejáronse simultáneamente para librarse de la formenta que estalló al fin con un furor sin ejemplo. Encerrado con don Garcías para tratar de negocios reservados que me habian conducido á aquella soledad temblaba al intenso fragor del rayo, y temia ver la casa arrancada de cuajo y arrastrada por el huracan. Oíase el erujir de las elevadas palmeras corvadas por la tempestad, y el hórrido estampido del trueno, que mezclado con el ruido de las olas del *Putumayo*, producian un estruendo espantoso. Don Garcías, al parecer acostumbrado á estas escenas, hablaba con entera serenidad. (Se continuará).

## CRONICA DE LAS SOCIEDADES.

### LICEO.

#### SESION RÉGIA.

(31 de octubre de 1846.)

Han pasado algunos dias y aun estamos poseidos de las dulcísimas impresiones que recibimos en el Liceo la noche del 31 próximo pasado.

Desde muy temprano centenares de carruages corrian por las calles que conducen en todas direcciones al palacio de Villa-hermosa; y desde muy temprano era tal la afluencia de coches en el extremo de la Carrera de San Gerónimo, que se necesitaban muchos minutos para lograr puesto en la línea que se habia formado para llegar á la puerta del palacio, y tiempo tambien para conseguir llegar á la puerta misma.

Lo lluvioso de la noche, ú otra causa, habia estorbado que, como en otras ocasiones, estuviese iluminado el exterior del edificio, lo que contribuia á mayor confusion en las cereanías, y á que las señoras no supie-

sen cómo atravesar con un finísimo zapato de seda por los diferentes charcos que se habian formado delante de la puerta misma.

En cambio de esta tenebrosa oscuridad, la luz mas brillante, producida por mil bugías, deslumbraba al apartar el tapiz que cerraba la embocadura de la escalera principal.

Desde este momento los concurrentes pisaban las alfombras con que se hallaban cubiertas las gradas de la escalera; y desde este instante el aroma de centenares de flores en sus tiestos, perfumaba el ambiente templado que se respiraba.

No se veia á los criados del Liceo vestidos como en otras veces en traje de seda y su media de lo mismo, pero en cambio hallábanse en cada puerta dos sirvientes, que por su riguroso traje de etiqueta podian equivocarse con los socios concurrentes.

El primer salon de paso presentábase vestido de nuevo con un lindísimo papel azul; y cuando se entraba en la grandiosa sala del escenario, encontrábase la novedad de adornar la embocadura del palco escénico con feston de yedra enlazada con oloríficas y graciosas flores. Este feston, ondulando por aquí y acullá, rodeaba en sus giros á dos óvalos que contenian: el de la derecha una L y una F enlazadas, y el de la izquierda una L y una A: debajo de los cuales óvalos, y asentados en el pavimento, veíanse dos grandes jarrones blancos sobre pedestales, conteniendo hermosísimos ramos de flores.

Pareciónos, sin embargo, que aquel feston allí junto á las rojas cortinas de seda que adornaban las embocaduras de las puertas, inmediato á las doradas arañas que con profusion pendian del techo abovedado, y suspendido, díganos así, sobre centenares de damas ostentando trages de etiqueta, era mas propio de un conjunto menos grave, menos ceremonioso.

Empero no eran esos sencillísimos adornos lo que en la noche del 31 llamaba la atencion en los salones del Liceo: lo mas hermoso, lo mas elegante, lo mas apuesto y gracioso de nuestra juventud madrileña, ostentaba aquella noche como nunca sus gracias encantadoras, rodeadas de cuanto el lujo y la moda han inventado para hacer en cada muger un ser adorable.

El salon principal estaba completamente lleno, demasiadamente lleno, á causa de haberse repartido mas billetes que número de asientos habia colocados. Y á pesar de esto, á pesar de que un gran número de personas en pie y amontonadas no era el mejor medio pa-

ra darle al todo el carácter regio que tenia aquella sesion, era tal lo rico de los trages, que en el mismo des-concierto encontrábase agradable visualidad.

La reina no se hizo esperar mucho. A las nueve de la noche la marcha real que el piquete de alabarderos tocaba en la escalera anunció la llegada de la augusta esposa, y muy luego fué que la reina, acompañada de su ilustre esposo, y seguida del señor infante don Francisco, de sus graciosas primas, y de un séquito de damas y dignatarios de palacio, entró en el gran salon en medio de uno de esos murmullos que en los salones de etiqueta revelan el placer, el contento y la satisfaccion de los concurrentes.

Dióse principio á la sesion por la sinfonía de Nabuco, del maestro Verdi, cantándose inmediatamente despues un himno del maestro Martin, director filarmónico del Liceo.

Este himno, aunque bueno, perdióse entre la multitud de himnos conocidos.

Tras el himno cantóse por la señora de Vega y la señorita Vela un lindísimo duo nuevo, composicion del mismo maestro señor Martin en la ópera Elisa de Montaltieri.

En este duo, lleno de expresion, de sentimiento y de rasgos sublimes, las señoras de Vega y Vela estuvieron inspiradas, felicísimas, principalmente en su *descrescendo*, tan delicadamente ejecutado, que la voz de ambas cantantes en gradaciones suavísimas, perdióse á lo lejos de un modo imperceptible.

Presentóse despues en la escena el señor Ole-Bull á tocar un concierto de violon, compuesto por el mismo y dividido en tres partes.

Nosotros estamos seguros que los concurrentes al Liceo hubieran deseado que la composicion del señor Ole-Bull hubiera sido dividida, no en tres, sino en trescientas partes, tal fué lo que agradó aquel violin hecho sonar por el trémolo, vigoroso y suavísimo arco del señor Ole-Bull.

En seguida de esta composicion cantóse un cuarteto de los puritanos, por la señora Vega y los señores Si-guert, Salas, Becerra y Coros.

Aquí terminó la segunda parte, y SS. MM. y AA. pasaron al salon, donde se les tenia preparado un elegantísimo refresco.

La real familia se dignó honrar el obsequio que la sociedad les hacia, y llegó su amabilidad hasta el extremo de manifestar lo complacida que se hallaba.

Tornó la reina al salon, y acto continuo se comen-

zó la segunda parte del concierto, cantando la señorita Vela la ária coreada, del Giuramento.

Fué en seguida que volvió á presentarse el señor Ole-Bull á tocar en su espresivo violin la pieza compuesta por Paganini con el nombre de EL CARNAVAL DE VENECIA.

¿Podrá el mismo Paganini tocar mejor que el señor Ole-Bull la tan atrevida composicion?—Nosotros no lo sabemos; empero nos atrevemos á asegurar que despues del autor será imposible hallar un arco que tan bien sepa espresar el pensamiento como tan cumplidamente lo hace el señor Ole-Bull.

El señor Ole-Bull es conocido del público de Madrid: esto nos hace contener la expresion de nuestra admiracion, empero no callaremos que llegó de tal manera á conmover con los melodiosos sonidos de su violin á la concurrencia del Liceo, que de vez en cuando salian de entre medio de un silencio profundísimo unos *bravos* y unos rumores de aprobacion, que el entusiasmo de los oyentes hacia llegar hasta el oído del artista á despecho del respeto debido á las personas reales.

Cantóse despues de haberse retirado el señor Ole-Bull la cavatina con coros de *Capuletti*, por la señora Albini, y acto continuo el final de la Lucia, por la señora de Vega, la señorita de Vela y los señores Si-guert, Salas, Becerra y coros.

Concluyó el concierto: SS. MM. y AA. se retiraron segun creemos complacidas, y los sócios, deseando que ya que por este motivo ha tornado á su seno porcion de fugitivos sócios, continuar amenizando con su presencia las sesiones sucesivas.

#### MUSEO.

Lunes 2 de noviembre.

La estension de la parte de crónica correspondiente á la sesion régia del Liceo, nos roba el papel que deberíamos emplear en el análisis del drama representado por primera vez en el Museo la noche del 2 último, con el nombre de Clara Harlowe.

Diremos, sin embargo, que el drama es la novela de aquel nombre, puesta en accion. Su egecucion fué buena: su efecto no de lo mejor. GOMEZ COLON.

#### NOTA.

A pesar de gran pedido de figurines hecho á Paris, no hemos podido mandarlos duplicados á los suscritores que han recibido la coleccion de La Elegancia en el pasado mes; por lo que les corresponden en el presente.